

## EL CLÉRIGO JOSÉ DE ORO

"[...] Lígase mi infancia a la casa de los Oro por todos los vínculos que constituyen al niño miembro adoptivo de una familia. Era mi madrina, y esposa de don Ignacio Sarmiento, mi tío, la matrona doña Paula, blanda de carácter como una paloma, grave y afectuosa a la par como una reina, y un tipo de la perfección de la madre de familia entre nosotros. Don José, el presbítero, llevome de la escuela a su lado, enseñome el latín, acompañele en su destierro en San Luis, y tanto nos amábamos maestro y discípulo, tantos coloquios tuvimos, él hablando y escuchándolo yo con ahínco, que, a hacer de ellos uno solo, reputo que haría un discurso que necesitaría dos años para ser pronunciado. Mi inteligencia se amoldó bajo la impresión de la suya, y a él debo los instintos por la vida pública, mi amor a la libertad y a la patria, y mi consagración al estudio de las cosas de mi país, de que nunca pudieron distraerme ni la pobreza, ni el destierro, ni la ausencia de largos años. Salí de sus manos con la razón formada a los quince años, valentón como él, insolente contra los mandatarios absolutos, caballeresco y vanidoso, honrado como un ángel, con nociones sobre muchas cosas, y recargado de hechos, de recuerdos y de historia de lo pasado y de lo entonces presente, que me han habilitado después para tomar con facilidad el hilo y el espíritu de los acontecimientos, apasionarme por lo bueno, hablar y escribir duro y recio, sin que la prensa periódica me hallase desprovisto de fondos para el despilfarro de ideas y pensamientos que reclama.

Salvo la vivacidad turbulenta de su juventud, que yo fui siempre taimado y pacato, su alma entera trasmigró a la mía, y en San Juan mi familia, al verme abandonarme a raptos de entusiasmo, decía: "Ahí está don José Oro hablando", pues hasta sus modales y las inclinaciones en voz alta y sonora se me habían pegado. Créilo, durante el tiempo en que vivimos juntos, un santo, y me huelgo de ello, que así pudo transmitirme sus sabios consejos, sin que embotara su eficacia la duda que trae el ejemplo contrario. De hombre barbado y por la voz pública, supe de otros su historia. Era insigne domador, de apostárselas a don Juan Manuel Rosas, y a la posta del Acequión, descendía de las montañas donde tenía su hacienda de ganado de los Sombreros, cabalgando un potro, garantidas sus piernas por espesos guardamontes que le permitían salvar barrancos y esteros, y arremeter con los altos y tupidos espinos que embarazan el tránsito en nuestros campos. La energía de su físico le acompañó hasta la vejez. Una vez le ví agarrar a un español cuadrado y hacerlo rodar diez varas por el suelo. Era valiente y se preciaba de serlo, gustaba de las armas, y una chapa de pistolas adornaba siempre la cabecera de su silla. Vestía de paisano con chaqueta, y no rezaba el breviario por concesión especial del Papa. Gustaba con pasión de bailar, y él y yo hemos fandanguado todos los domingos de un año enredándonos en pericones y contradanzas en San Francisco del Monte, en la Sierra de San Luis, en cuya capilla, estando él de cura, reunía por las noches, después de la plática de la tarde, a las huasitas blancas o morenas, que las hay de todo pelaje y lindas como unas Dianas, para domesticarlas un poco, porque ningún pensamiento deshonesto se mezcló nunca a estos recreos inocentes. No digo que no hiciésemos de las suyas cuando joven, que eso no me atañe. Tenía un profundo enojo con la sociedad, que huía, no viéndosela en la ciudad sino en la posta de Santo Domingo, en el púlpito. Díjome una vez que llevaba predicados sesenta y seis sermones hasta 1824; y como yo le escribí tres o cuatro de ellos, puedo hablar de su oratoria concisa, llena de sensatez y de ideas elevadas, expresadas en

lenguaje fresco, y sin aquel aparato de citas latinas y palabras abibliadas. Señores, decía al comenzar su sermón dirigiéndose al público desde el fondo del púlpito, donde permanecía inmóvil, cruzados los brazos sobre el pecho, para evitar el manoteo de ceremonial, y pronunciaba su oración en tono de conversación, parecido al sistema que M. Thiers ha introducido con tanto brillo en la cámara francesa. Una vez, dictándome un sermón de San Ramón, recordó una escena de infancia en que había sido aplastado por una tapia, y sido necesario desmoronarla sobre sus hombros, a golpes de azadón, para desembarazarlo. Salváronlo los huesos de hierro en que estaba armado su cuerpo, colocado de bruces sobre pies y manos, y la intercesión de San Ramón, a quien invocaba llorando su madre, sobre cuyo corazón resonaba cada golpe de azada temiendo que le reventaran el hijo de sus entrañas, mientras que el fornido travieso gritaba desde abajo: "Den no más, que todavía aguanto". Hacía alusión a este milagro del santo, y el llanto de la gratitud empezó a humedecer su voz, a medida que me iba dictando; anublábase a mí mis ojos, y caían sobre el papel gruesas lágrimas que echaron a perder lo escrito e impedían continuar hasta que soltando él el llanto de recio, pude yo desahogarme, y, oyéndome él, me llamó con sus brazos, y sollozamos juntos largo rato, hasta que me dijo: "¡Déjemoslo para mañana... somos unos niños!"

La manera de transmitirme las ideas habría hecho honor a los más grandes maestros. Llevábamos un cuaderno con el título de Diálogo entre un ciudadano y un campesino, que siento haber perdido no hace mucho tiempo. Era yo el ciudadano, y sabiendo la gramática castellana y comparando con ella la latina, me iba enseñando las diferencias. Declinaciones distintas de las de Nebrija servían de tema, y al estudio de las leyes de la conjugación, se seguía el de los verbos regulares formados por mí sobre las radicales. De mis preguntas y de sus respuestas íbase de día en día engrosando el diario, y a poco, y siempre estudiando los rudimentos, empecé a traducir en lugar de Ovidio y Cornelio Nepos, un libro de geografía de los jesuitas. Dábale lectura casi siempre a la sombra de unos olivos, y más que al latín, me aficionaba a la historia de los pueblos, que él animaba con digresiones sobre la tela geográfica de la traducción. Así olvidé y volví a estudiar varias veces el latín, pero desde niño fue mi estudio favorito la geografía. Pasábamos en pláticas variadas el tiempo, y de ellas algún dato útil se quedaba siempre asentado en mi memoria. Todos los accidentes de la vida suministraban asidero a alguna observación, y yo sentía de día en día que el horizonte se me agrandaba visiblemente. Una vez me dijo: "Pásame tal libro de sobre la cómoda". Al tomarlo hube de remover el mueble; y un crucifijo de bella escultura que había en ella, se estremeció, escurriéndosele la corona de cordel entretejido sobre el cabello de madera hasta detenerse sobre los hombros. "—¿Qué le ha sucedido, al Señor? —me preguntó con tono blando. —Es que yo fui a tomar el libro, y la cómoda... —No importa —me replicó—; explícame lo que ha sucedido y por qué". Hícelo, en efecto, y añadió: "En Chile sucedió en un temblor lo mismo que tú has visto"; y me contó la historia del Señor de Mayo, con comentarios que al vulgo de los creyentes habrían parecido impíos, citándome las disposiciones del Concilio de Trento sobre imágenes innobles y sobre la autenticidad de los milagros y los requisitos legales, diré así, para estar en el deber de darles crédito. No hace muchos años que, dando cuenta de una pieza de teatro, añadí, sin saberlo, qué sé yo qué frase en que entraba la monja Zañartu. ¡Grande alboroto en Santiago! Gruesas y gordas injurias

me llovieron sobre la calumnias, y hasta un personaje de la Iglesia metió su cucharada contra el escándalo. ¿De dónde diablos, me decía yo a mí mismo confundido, he sacado yo este maldito cuento? Era, según pude recordarlo, historia que me había contado mi tío José; pero que yo creía basada en autoridad de cosa juzgada y de ahora cien años. Guardeme mi explicación para mí mismo, mandando de retirada algunas merecidas andanadas a mis adversarios.

Cuidábase don José de expurgar mi tierno espíritu de toda preocupación dañina, y las candelillas, los duendes y las ánimas desaparecieron después de largas dudas y aun resistencias de mi parte. Estábamos una noche solos ambos en nuestra solitaria habitación de San Francisco del Monte, y había velándose en la vecina iglesia el cadáver de una mujer hidrópica. "Anda, Domingo, me dijo, y tráeme de la sacristía el misal, que necesito ver un spelbus que hay, contra lo que dice Lebríja". Tenía yo que entrar por la puerta de la iglesia, dejar atrás el ataúd rodeado de velas, tomarle en el cañón oscuro del edificio, y entrar en la sacristía. Estuve sudando a mares en la puerta gran rato, avanzando un paso y retrocediendo, hasta que desenvolviéndose el miedo que se estimula a sí mismo y multiplica sus fuerzas, yo renuncié a entrar, y me volvía, cola entre las piernas, a confesarle a mi tío que tenía miedo a los difuntos; iba resuelto como un bandido puesto a prueba a pasar por la vergüenza de humillarme hasta merecer el desprecio cuando por una ventanilla vi la cara plácida, tranquila de mi tío que dejaba deslizarse lentamente el humo de una reciente fumada del cigarro. Al ver esta ssonomía noble me creí un vil, y volviendo mis pasos entré en la iglesia, dejé atrás al difunto, y en alas del sentimiento del honor, que no ya del miedo, tomé a tientas el libro y salí levantándolo alto, como si dijera ya a mi maestro: he aquí la prueba de que no tengo miedo. De regreso, empero, parecíame de lejos que no había espacio suficiente para pasar sin exponerme a que el difunto me echase garra de las piernas. Esta sería reacción me conturbó un momento, y describiendo en torno suyo un círculo, vuelto el cuerpo y los ojos hacia él, rozando la espalda contra la muralla, marchando de lado, después para atrás por no perderlo de vista hasta tomar la puerta, yo salí de aquella aventura sano y salvo, y mi tío recibió el libro, y buscó en él y halló el caso. Pero él ignoró toda su vida las peripecias que habían agitado mi espíritu en seis minutos. Yo había sido vil, grande, heroico y miedoso, y pasado por un inferno, por no sentirme indigno de su aprecio [...]"

Sarmiento, Domingo Faustino. Recuerdos de Provincia. Buenos Aires: Sopena, 1939, p. 52 y sgtes.

\*Aclaración: Se respetó la ortografía de la fuente documental